

PUBLICACIONES *Cinema*

50
CENTIMOS



Boris Karloff
Bela Lugosi
Francis Drake
en



el
poder
invisible



HILLYER, Lambert

El Poder Invisible

(THE INVISIBLE MAN, 1936)

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

INTERPRETADA POR

BORIS KARLOFF

BELA LUGOSI

FRANCIS DRAKE

PELICULA UNIVERSAL

DISTRIBUIDA POR

HISPANO AMERICAN FILMS S. A.

EL PODER INVISIBLE

Sobre las cumbres famosas del Hieshloepitz y el Budachegaz, las dos altaneras cimas gigantes de los Cárpatos, descarga una fuerte tempestad.

Por las gargantas y desfiladeros de esta cordillera inmensa, que cruza la Europa central y que guarda el secreto de la raza eslava, el Teis, el Néster, el Pruth y el Aluta, los cuatro salvajes ríos que la reflejan tumultuosamente, braman en corriente desbordada, que les descarga el cielo convertido en catarata.

En una arisca altiplanicie solitaria y orgullosa dada a la merced de la furia de los elementos se levanta un vasto edificio que el temante Júpiter no hace temblar y cuya arquitectura revela que ha sido construida con el doble objetivo de vivir y de estudiar. La parte principal y central, formada por una cúpula de grandes dimensiones, revela que nos encontramos ante un importante observatorio astronómico.

Es el templo de la ciencia en que estudia y sufre el célebre físico, Janos Roth.

Corre el año 1937.

Entremos en la casa.

El sol ha desaparecido al otro lado de las montañas de occidente y las dependencias de la casa se tornan terribles

con el aletear de las sombras que el estampido resquebrajado del trueno parece animar con almas monstruosas.

De pronto un pasadizo se ilumina y al resplandor de su lámpara aparece el criado que le ha dado vida, con rico candelabro de cristal.

Poco a poco las habitaciones se llenan de luz con la diligencia del silencioso y grave servidor.

En un sobrio salón, frío y desierto como las montañas que rodean la casa, Diana y su madre política, acurracadas, cruzan un diálogo glacial.

Diana, hija mía, hoy tempestad, ¿verdad?—pregunta la anciana con calma profunda.

—Mucha, madre. En estas soledades el rayo parece más destructor. Es un espectáculo que da grima.

—En estos días de tormenta es cuando menos echo en falta mi vista... ¡Hace años que los rayos de Andrómeda me cegaron!

Diana suspira en silencio.

—Hija mía, esta noche presagio una tormenta como la del cielo en el alma de mi hijo. Esperamos la visita de unos extranjeros, a los que Janos quiere demostrar la verdad de sus creencias morales. Tenga la intuición de que esta noche nuestros visitantes fraguarán la perdición de mi hijo.

—No, madre. Janos vive demasiado aislado; es necesario que dé a conocer sus descubrimientos; esto es la fama.

—Janos ha nacido para vivir solo—sentencia la anciana.

Diana se ha levantado para mirar a través de los anchos ventanales la tempestad que azula al exterior y estremece la casa.

La vemos joven y hermosa, sencilla y austera... y triste, con una honda añoranza indefinible en sus ojos.

Diana es la esposa de Janos Rokk, un genio de la ciencia que estudia los misterios de la vida.

Nuestra heroína que vive la florida edad de las sonrisas; en que cada pensamiento es como un ala de cisne balanceándose en el límpido lago de la ilusión y cada pie rosado espera el contacto de las rodillas de un rondido galán con trémula elocuencia de amor, no halla una sola flor abierta en el panorama de su existencia.

Diana ha estado en la vida por una puerta obligada y su alma ha tenido que replegarse, acobardada, y dormir sin haber podido salir a la luz. Y salva con fidelidad y honra su situación de esposa de un genio de la ciencia, que apenas la mira, y la recuerda escasamente, que no la ha echado jamás un rayo luminoso a los pies; ni la ha desvanecido con un beso infinito, ni con una palabra apasionada, por este taladro de virtuosas adaptaciones que caracteriza a la mujer y que sólo Dios sabe y entiende.

Aterida, con la mánula escalofrante de soledad y abandono, después que ha tratado, en vano, de descubrir en el cielo cargado de nubes y rayos una esperanza de sosiego que le permita pasar la noche con calma se vuelve, clavando sus grandes ojos tristes en su madre política, que está sentada en su alto sillón habitual.

Se encuentra lamévil, erguida. Es una anciana de pálida tez con facciones dolorosas y nervios enmarcados por cabellos plateados partidos por un medio con una raya que agranda la grave tristeza de sus ojos fijos.

Es ciega: perdió la vista en un experimento de su hijo, hace ya años, como le hemos oído explicar.

Al contemplar a esta mujer se evoca a la madre del divino Redentor en el momento infinitamente sagrado de la crucifixión; pero al mismo tiempo en su rostro se ve una luz de poder ignoto e indefinible.

Se diría una sanábula posestionada de la clave de todas las sabidurías y misterios humanos y divinos. El dolor y la santa maternidad calvática de genitora de un grande hombre la ha sublimado elevándola a la categoría de inmaterial aparición.

Mujer de gran talento suple la falta de vista con un agudo sentido de penetración que la induce a sentenciar tan grave como infaliblemente en todos los hondos problemas de la vida y de una manera casi omnisciente en lo relativo a su hijo.

Al contemplarla en su figura hierática y profunda, convertida en fantasmagoría con el fuego nervioso del relámpago, Diana siente escalofríos y dice, buscando un pretexto para salir de la estancia.

—Voy al observatorio a ver qué hace Janos; esta noche está muy nervioso.

Diana desaparece por entre un dúo de corredores deteniéndose ante una pequeña puerta, que abre en silencio. Ante ella aparece una cámara en la que hay instalados gran cantidad de aparatos de forma inverosímil.

Es el templo de la ciencia del doctor Rukh, que pocos pueden penetrar.

La bóveda es circular y está formada por la cúpula móvil peculiar de los grandes observatorios. Ahí y elevándose, prepotente, hacia ella hay un gigantesco lente ecuatorial. Inclinado sobre el objetivo, inabismable vemos a un hombre corpulento de anchuras espaldas en una actitud de pesado abandono. Parece dormido en el cansancio de una dura labor de horas interminables.

Diana se acercó a él.

—Janos, Janos!—llama a tiempo que le toca dulcemente un hombro.

El hombre se incorpora y mira a Diana con ojos profundos.

Es el doctor Janos Rukh.

Basta con verle para adivinar que en su cabeza bullen las ideas más poderosas.

Testa corpulenta y desmenuada cargada de canas y gravedad; facciones angulosas y severas que conocen lúgubres vigilias y sufrimientos sin una sonrisa; ojos enormes, negros, prefados constantemente con el dolor de la creación, es el doctor Rukh, una figura impresionante.

Es ya maduro y al comparar su edad con la de Diana se piensa más en el amor de la paternidad que en el conyugal.

El doctor Rukh vive únicamente para su ciencia, a la que dedica todos sus amores y toda su voluntad.

—¿Te has dormido?—le pregunta cariñosamente, Diana.—Estás muy cansado, Janos; trabaja demasiado.

—No... ¡Ah! Diana. ¿No han llegado todavía sir Stevens y el doctor Benet?—pregunta el doctor Rukh con un surco de impaciencia febril en la frente.

—No, no han llegado.

—Tengo la confianza de que se dignarán asistir a mis

demonstraciones. Esta noche es decisiva para mí: ¡Mis demostraciones serán un éxito! Pero, ¿vendrán?

—Naturalmente, si lo han prometido, Janos—suaviza Diana, supliendo con un prodigio de caridad femenina su amor imposible. Y añade con dulzura angelical:—No pueden tardar. Ven al salón a descansar con calma.

—Va tú; yo voy en seguida.

Calmando su terror, Diana vuelve al salón.

Instintivamente separa los visillos del ventanal para mirar al exterior. Intuyo no sabe qué; está más deseosa ella que su esposo de que lleguen ya los visitantes. Se diría que el amoroso suspiro augural de los ángeles le susurra al alma que le tracen el presente de felicidad, que, traición, le ha escaboteado hasta este momento la vida.

No sabría definirlo si ella misma, pero les espera sin conocerlos como una liberación soñada desde largo tiempo.

La tempestad arrecia.

De pronto del fondo de la noche, en el último ángulo de la calzada que conduce a la casa, brilla una luz nerviosa que rasga potentemente las tinieblas; esta vez no es la del rayo, sino el reflector de un automóvil.

—¡Ya están aquí, ya llegan!—exclama Diana con un grito penetrante de resurrección.

En efecto, a los pocos momentos el coche se detiene ante la casa y se apean de él cuatro personas que no tardamos en ver bajo las lámparas del salón.

Se trata del doctor Benet, de sir Francis Stevens y su esposa lady Arabela, y del sobrino de ésta, Ronald Drake.

El doctor Benet es un famoso médico inglés, hombre de talento y gran devoto de su profesión, quien se distingue por su sabiduría en ciencias químicas.

Es todo un caballero correctísimo de unos cuarenta años, frente despejada y mirada poderosa. Pinta una melena canosa, lisa, hacia atrás y decora su rostro de científico con una barbita breve cuidada con esmero y refinado gusto de espíritu selecto.

Sir Francis Stevens cuenta unos cincuenta años, es el tipo genuino del "gentleman" acudatado y viajero impetuoso; goza de gran prestigio en el mundo de la ciencia por la magnanimidad con que la protege.

El hombre sepa, más bondadoso que sabio, incapaz de llevar la contraria a su mujer y dejar nunca de ser filósofo de la ciencia.

Su esposa, lady Arabella, es una dama de rostro escarado y cuello puerco; tiesa y poco graciosa, como buena inglesa. Es ya entrada en años, por supuesto, muy autoritaria con su obediente marido, al que secunda con entusiasmo en una sola cosa, que es en su dignidad de protector de la ciencia, y esto no por estricto y desinteresado amor a ella sino porque la tal ocupación le brinda más de una ocasión de poder dar a la prensa algún que otro escrito de su cerebro y letra, plausible vanidad que es la suprema debilidad de su vida.

En cuanto a Ronald Drake es un guapo e inteligente joven de ojos negros y amorosos, ingeniero por profesión y aficionado a periodista. Siente apego a la ciencia también y no habría podido rebuzar esta magnífica ocasión de presenciar el sensacional experimento del doctor Rukh.

A los pocos momentos de haber hecho nuestros viajeros su entrada en el salón aparece el doctor Rukh.

—¡Bienvenidos a mi casa, señores!—saluda el eminente científico.

—La hora es un poco intempestiva — excusa el doctor Rukh.

—Que haya coincidido con esta tempestad el día en que les he convocado, es lo que siento—replica el doctor Rukh—. La hora es la propicia. Mis demostraciones no se pueden hacer de día.

Después de haber hecho las presentaciones de rigor, sir Francis Stevens, cautivado por la mirada poderosa de su célebre anfitrión en el banquete de la ciencia, cruza con él un diálogo inquieto.

—Llego a su casa, doctor Rukh, con muchos deseos de conocerle y de verle trabajar aunque, inevitablemente, con un poco de escepticismo.

—Así lo creo; pero, ya tengo la seguridad de que mis teorías se convertirán en realidad tangible para ustedes esta noche—afirma el doctor Rukh con sorprendente aplomo.

—Sus teorías tienen a todo el mundo científico secudando.

Su madre levantando el bastón de anciana venerable...





—La sé; esta noche haré el primer experimento, que está relacionado con África.

Diana, la esposa del doctor Rukh, y Ronald cambian un instante en un rápido diálogo durante el cual el joven comienza a descubrir una melancolía embelesante en los ojos de la infeliz esposa del sabio, y ésta se siente con rubor que los ojos negros de su colocutor la miran con una embelesada dulzura que antes no conocía.

Después de obsequiarles con alguna bebida que reanima los ateridos miembros de los recién llegados, el doctor Rukh, impaciente, le invita a pasar al observatorio.

San instantes de honda emoción.

El doctor Rukh con su enorme cabeza desmesurada y su mirada profunda al moverse con misteriosa fricción entre las raras instalaciones del fantástico gabinete parece un hechicero moviendo las palancas colosales del mundo.

Los cuatro visitantes se sientan, contritos, en el lugar que les señala el sabio, desde el que pueden mirar cómodamente hacia la cúpula, y abarcarla.

Se hace un silencio imponente.

El doctor Benet, sir Francis Stevens, lady Arabella y el joven Ronald sienten escalofríos. ¿Qué cosa (inverosímil) y fabulosa va a ocurrir en esta cámara sobrenatural de magia?

Al cabo de unos instantes, Diana, a cuyo lado no se podría decir si impensada, o calculadamente, se ha colocado Ronald, mientras el doctor Rukh manobra en silencio, con perfecta serenidad en gracia a su familiaridad con el ambiente en que ordinariamente vive su marido, dice al joven sobrino de lady Arabella:

—Mi esposo confía en que ustedes tendrán que convenirse de la verdad de sus teorías.

—Verdaderamente—replian Ronald, quien logra dominar la emoción gracias al milagro de Diana—. Su esposo, señora, tiene ganada la mitad de la batalla con la concepción de estas máquinas. En este ambiente uno se siente achando. ¡Son tan misteriosas las cosas del cielo para mí, simple explorador de la Tierra...!

Ronald ha de interrumpirse y desviar su mirada, que se posó con demasiada insistencia en los ojos de Diana, para

clararía en el Doctor Rukh, que en este momento acciona el dispositivo que mueve la enorme cúpula giratoria. Esta se abre dejando al descubierto el cielo con su inmenso campo estrellado.

Al fondo del espacio, allí en lo remoto de un infinito impalpable aparece, difusa, una masa lechosa.

—He aquí la gran constelación de Andrómeda—explica el doctor Rukh, señalándola—. La componen cincuenta y nueve estrellas; está alejada de nosotros setecientos cincuenta millones de años de luz. Un año de luz es el espacio que recorre un rayo de ésta, propagándose a la velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo, durante un año, segundo tras segundo. Según esta ley, que ya nadie discute, los rayos que nos llegan de Andrómeda en este momento salieron de ella cuando nuestro mundo no era en el espacio más que una simple nebulosa, una masa de gases en continua tempestad. Estos rayos llegan de un viaje de millones de años a través del infinito, durante el cual yo afirmo han tenido que sufrir una transformación sensible, o por mejor decir, condensación de su substancia, adquiriendo un poder incalculable y registrando en el espacio la imagen de todos los cuerpos que han alumbrado. Ahora bien, según la historia de la ciencia, en épocas remotísimas cayó a la Tierra, aproximadamente en la parte que ocupa actualmente el África, un aerolito cuyo poder se supone mágico por proceder de la constelación de Andrómeda. A este respecto yo he constituido un aparato, que materializando las imágenes etéreas que la luz de la referida constelación dejó registradas en el espacio ha de reproducirnos, conduciéndonos a través del infinito hasta Andrómeda, el instante en que el dicho cuerpo celeste se desprendió de ella, si es que tal hecho es verdad. Si la prueba es positiva sabré dónde el aerolito cayó y podré poseerlo.

Dicho esto, el doctor Rukh desaparece por una pequeña puerta, dejando a los cuatro espectadores bañados en un sudor glacial.

Ronald, que aún en medio de este ambiente escalofriante de magia no logra distraerse de la impresión superior que le ha producido Diana, aprovecha este intervalo para preguntarle:

—¿Cómo, siendo tan joven, puede usted vivir feliz y sin horrorizarse en este medio sobrenatural, con un espeso abstraido en cosas tan distintas a las que se desean a su edad?

—Lo comprenderá cuando sepa que mi padre fué un genio de la ciencia y que mi querida era su discípula.

—¿Comprendo...

En este momento la pequeña puerta por la que poco antes salió el doctor se abre lentamente apareciendo un caso diabólico que arranca un grito emocionado a los cuatro viajeros. Es cilíndrico y está provisto de un cristal protector de los ojos.

Tocado con este caso viene el doctor Rukh cuyo cuerpo, pesado y lento, se hace visible cuando la puerta se cierra.

Nuestro doctor, sin quitarse esta escudadora macabra, se instala entre sus queridas máquinas. La cámara se llena de un zumbido regular y penetrante y una cubierta esférica que hay encima de una mesa se abre paulatinamente descubriendo un globo luminoso de cristal, cuya luz lechosa ilumina esplendorosamente la bóveda celeste descubierta.

Este globo es de barita e impedirá la filtración de rayos nocivos—explica el doctor Rukh.

Después de una breve pausa, durante la cual ha movido una serie de aparatos que sólo él puede entender, su voz profunda vuelve a sonar:

—Vamos a emprender un viaje a través del espacio. Cada uno que daremos nos retrotraerá a los años de luz transcurridos; así, que vamos a reconstruir cuanto ocurrió en el espacio hace millones de años.

El zumbido de las máquinas se acentúa, la bóveda parece oscilar y, de pronto, la parte de cielo descubierta, en cuya remota lejanía brilla la famosa constelación de Andrómeda, se mueve, el cielo oscila todo, camina, avanza velozmente como si fuese a precipitarse sobre los espectadores.

Estos palidecen, sienten una presión angustiosa en las sienes y un intenso trastorno en el corazón.

—No es brujería todo esto?

Vamos al doctor Benet y a sir Francis Stevens esforzarse en tragar el nudo de angustia que les ahoga.

Las facciones del doctor Rukh se iluminan con infantil alegría tras la máscara protectora de acero.

Las máquinas obedecen.

—Continuamos directamente hacia Andrómeda—dice el doctor—. La luz registra en el espacio todo cuanto abunda.

El efecto es impresionante: mundo tras mundo se acercan, pasan y se alejan en el viaje a través de la eternidad. Las constelaciones se suceden, desfilan los Universos...

El doctor Rukh los nombra, fija su mirada impaciente en Andrómeda, meta del fantástico viaje.

—¡Atención!—exclama—. ¡Llegamos a Andrómeda!... ¡Hola aquí!... Nos encontramos en el instante en que, hace mil millones de años, se supone se desprendió de ella el famoso meteorito!

Apenas termina su frase escalofriante, ante el estupeor de los presentes, surge de Andrómeda una piedra cuarcosa que cae, dando tumbos en el espacio, en una esfera que se ve muy lejos y que es el planeta Tierra.

El experimento ha terminado. El doctor Rukh para los aparatos y cierra la cúpula.

—¿Qué le parece?—inquire a media voz ahogada por la emoción, sir Francis, al oído del doctor Benet—. ¿Es truco?

—No es truco—afirma éste, sinceramente, y no pudiendo contener, asimismo, su emoción—. Es una verdad celestial que me abruma.

Los invitados pasan al salón de guerra, en donde la madre del genial doctor ha permanecido hasta ahora esperando el resultado, siendo obsequiada con un sobre lunch.

—¿Todavía dudan?—inquire el doctor Rukh después de haber comunicado a su madre el éxito de la demostración, y no pudiendo reprimir su orgullo.

—No dudamos, creemos—se sinceran el doctor Benet—. La cosa es muy interesante. Evidentemente, según ha podido observar, usted acertó: este meteorito cayó en la parte correspondiente a África. No creo que se deba dejar este asunto sin consecuencias. Así, que voy a organizar una expedición a dicho continente para buscar el meteorito y espero que usted, doctor Rukh, nos acompañará.

Los ojos del genio brillan.

Y cuando se dispone a contestar, la voz grave y sentenciosa de su madre ciega rompe el silencio:

—¡Juntos, hijo mío, no vayáis al África, no te muevas! Si te apartas de mí lado te perderás. Tú no has nacido para vivir entre extraños.

El doctor Rukh, para el que es sagrado el juicio de su madre, titubea un segundo. Mas su pasión por la ciencia es superior a su voluntad y asegura en voz tan baja que sólo le pueden oír sus invitados:

—¡Vé al África con ustedes.

El doctor Rukh, Diana, el doctor Benet, sir Francis Stevens, lady Arabella y su joven sobrino, Ronald Drake, han llegado al África.

La expedición, espléndidamente costeada por el escandalado sir Stevens, se ha instalado en el corazón de la jungla, si no confortablemente, con muy difícil de lograr en tierras tan alejadas de la civilización, sí con notable comodidad.

Sin embargo, como la búsqueda de una piedra que cayó hace mil millones de años en un suelo tan varío y vasto no es cosa fácil, la estancia ha debido prolongarse indefinidamente, y sorprendemos a nuestros expedicionarios tendidos en el interior de las tiendas, cansados, abatidos por el mal humor y la debilidad que engendra el clima tropical.

Al entusiasmo de los primeros días ha sucedido la decepción al ver que han de pasar muchos días de sol y soledad antes de poder hacerse con el aerolito y ya no oímos más que diálogos sin entusiasmo en los que se refleja el desuso inaplazable de abandonar la selva sin la famosa piedra.

Rodeando las confortables tiendas hay buen número de indígenas que la munificencia de sir Francis ha puesto al servicio de la expedición.

Diana busca la soledad personal dentro de la infinita soledad de la selva; se aísla, parece huir de la compañía y la conversación de todos. Mas, se advierte pronto que de quien rebuye singularmente el contacto es de Ronald Drake.

Diana le ama y ve crecer su pasión con el aislamiento y el abandono en que la tiene su esposo, está horrorizada de sí misma y trata de defenderse del terrible sentimiento que hace flaquear su fidelidad de esposa.

Ronald, por su parte, ve desbordarse el afecto que hacia Diana le naciera inevitablemente en la tormentosa noche del gran experimento en los Cárpatos bravos.

Se le ve triste con la doble tortura de su creciente amor y la actitud de Diana, que no sabe si interpretar como un humillante desprecio.

Para mitigar su dolor busca con frecuencia la compañía de su tía lady Arabella, la única que alentada por su fe de escritora conserva todavía el entusiasmo y la vivacidad indispensables para sostener una conversación animada.

Vemos a tía y sobrino llegar de un paseo por la selva.

Apenas Diana les ve desfiló distouladamente sus pasos, entrando en su tienda.

¿Ha visto, tía?—pregunta Ronald con profunda admiración—. Diana no se acerca a ningún grupo en el que me encuentre yo, y cuando se ve obligada a permanecer cerca de mí, en las horas inevitables de la comida, no me mira y se excusa con una cerrazón espantable de dirigirme la palabra.

—Lo he observado bien, Ronald.

—Tía, sufro mucho: he decidido partir de nuevo hacia Europa. Si la expedición logra su objetivo me consideraré muy dichoso de saberlo y poder felicitaros.

—¡Ronald! exclama lady Arabella mirando fijamente a su sobrino—. ¡Tú amas a Diana!

—Creo que sí, tía—murmura, espantado de sí mismo, el joven ingeniero—. ¡Y es por esto! ¡Diana es casada!

—No debes ser cobarde: un amor nunca es una cosa absolutamente imposible. Además, el matrimonio de Diana es una cosa extraña, casi una monstruosidad. Para el doctor Rukh su esposa no existe, no vive para ella y estoy segura de que ni la ama.

—Pero, el hecho está consumado: el doctor Rukh vive y Diana le pertenece.

—Ahora sí, pero...

Mientras en el campamento tienen lugar estas tribulaciones sentimentales, vemos al doctor Rukh explorando la selva con su séquito de negros servidores.

Ajeno por completo a cuanto pueda ocurrir en el campamento, camina tras su objetivo como un alucinado. Para él no existe el mundo ni seres que lo pueblen, el aerolito es la existencia única y suprema.

Avanza por entre la maleza sin cansarse, metiéndose por los recovecos rocosos, las hondonadas y los minúsculos lagos. Traspone los enferbios gigantes, aparta y escudriña febrilmente los tamarindos y las sensitivas que le cubren el paso.

La corte cansina de indígenas le sigue a pocos pasos cargada con las básculas científicas de observación.

De pronto ocurre una cosa divertida y trascendental a la vez.

Uno de los corpulentos negros, que lleva una pequeña caja sobre sus robustos hombros empieza a brincar lanzando chillidos y tratando de desembarazarse de ella con terror.

La cosa no es para menos, porque no son propiamente las manos del negro las que hacen saltar la caja, sino que es ella misma la que se agita con movimiento propio, emitiendo un roncoco sordo, como si contuviese el alma del diablo.

El doctor Rukh corre hacia el negro al que arrebató la viviente y extraña caja, abriéndola y extrayendo de ella un dispositivo estrambótico.

Las manos del gentío tiemblan de emoción; sus ojos miran desorbitados la diminuta máquina ante los sencillos salvajes, que, llenos de supersticioso terror, se acurrucan con mil muecas desfavoridas, creyéndose víctimas de un sortilegio.

Este aparato, invención del doctor Rukh, señala la existencia cercana de aerolitos. Con él en la mano nuestro hombre atraviesa unas arboresecencias, luego traspone el ángulo formado por un muro irregular de rocas, y, de pronto, en un recodo ve surgir, de un hoyo semejante a un pequeño cráter, una gran llama viva y constante.

—¡Dios mío!—exclama con loca fruición—. ¡Creo que le he encontrado!... ¡Sí, aquí debió caer el aerolito! ¡Aquí es!

—¡Señor, este ser el pozo embrujado..., nosotros nunca volver a él y apartarse siempre!—dice uno de los negros al ver

que el doctor, entusiasmado, cae en el área en que se produce la llama, sin ninguna prevención.

Japón, sin advertir apenas las palabras del negro, escribe una carta a Diana en la que le dice que no le espere esta noche, que no regresará al campamento hasta el día siguiente.

Quiere aprovechar la noche para explorar el pequeño cráter. No tendría voluntad para demorar un día más esta operación, ¡él, que la tiene ingente para pasar la vida sobre los libros sin desfallecer!

—Uno de vosotros que sea veloz y muy fuerte—llama cuando ha terminado de escribir—para llevar esta carta al campamento, muy deprisa.

—Mi tener buenos pulmones y hacerlo sin descansar—asegura un indígena alto y fuerte como un bastión.

—Toma, pues, y ve. Espera contestación—le instruye el doctor Rukh—. Y por nada del mundo digas dónde me encuentro.

Adelantémonos al intrépido mensajero y lleguemos al campamento antes que él.

La noche ha cerrado y sorprendemos al doctor Benes, a sir Francis Stevens, lady Arabella, Ronald y Diana cenando en el interior de la tienda habilitada para comedor.

Vamos aparecer a un negracho con una enorme fuente llena de carne.

—¡Otra vez antilope!—brama sir Stevens con asco—. ¡Cuántas veces he de repetir que estoy fatigado de estar aquí! ¡Ni hay aerolito, ni, si lo hay, hemos de encontrarlo!

En este momento llega al pie de la tienda, desplomándose audaz y sin aliento, un bronceado indígena.

—¡Para señorita blanca!—puede apenas pronunciar entregando una carta al negro guardián.

Es el emisario del doctor Rukh.

La carta es entregada a Diana en medio de la mayor expectación.

Apenas la joven la ha leído, se levanta sin pronunciar palabra dirigiéndose hacia su tienda. Siente que no podrá resistir esta noche sin la compañía de su esposo, y proyectando ir ella a su encuentro manda llamar al negro mensajero.

Mientras tanto el doctor Rukh, vestido con un mono protector contra el fuego, baja al pozo que vomita la misteriosa llama y provisto de un martillo escarba en la roca. De pronto ésta chisporrotea como una fragua avivada por sonoro fuelle, y surge un fragmento incandescente como una brasa, que esparce un surtidor de fuego a su alrededor. El doctor, loco de alegría, lo mete en un recipiente que cuelga de su cuello.

Ya no necesita más y sube a la superficie, acariciando la preciosa caja, que ama ya más que a su propia vida.

Volvamos al lado de Diana.

Apenas el mensajero, ya descansado, llega a su presencia le estrodea a preguntas y acaba por convencerlo que debe conducirla al lado del doctor.

Ronald, sospechando que su amada se propone cometer algún disparate, ha estado vigilando todos sus movimientos, y al ver que se dispone a partir se interpone entre ella y el salvaje.

—Diana, ¿no calcula usted las consecuencias de un viaje nocturno por la selva?

—Ronald, una esposa digna, en mi caso no esenta los propios peligros.

—No dejaré que se marche con este negro—se impone Ronald con energía.

—Nada ni nadie impedirá el que ahora mismo vaya yo al encuentro de Diana.

Mientras tanto, el doctor, ajeno a toda intriga de humanos sentimentales, da cima a la suprema ambición de su vida.

Ha colocado el fragmento igneo de piedra que extrajera del aerolito en un aparato semejante a un pequeño torpedo sostenido por un trípode, y lo contempla con orgullo. El poder máximo del mundo es suyo, está allí bajo su mano, dominado por su voluntad.

Cuando más vivo es su entusiasmo se le acerca un indígena, quien en representación de todos sus compañeros del ejército, que permanecen espectadores a respetuosa distancia del doctor, toma la palabra.

—Señor—empieza diciendo con timidez—, nosotros queremos marcharse..., sentir miedo del peso embrujado...

Janos, al que no interesa quedar solo, replica momentáneamente con un monosílabo violento; mas, al punto le asalta una idea: obligar a los negros a quedarse a su lado sin tener que usar procedimientos inhumanos y al mismo tiempo probar la fuerza de su nueva máquina.

—Este poco no está embrujado—comienza—. Os quedaréis aquí porque estoy seguro de que nada malo os ha de ocurrir. Pero, por si intentáis marcharos sabed que no habéis de hacerlo sin que yo me entere, y en este caso ved lo que haré con vosotros. Mirad aquella roca de allá abajo.

Al tiempo que señala un sólido bloque de piedra que se levanta a unos cincuenta pasos, el doctor Rukh dirige hacia él el objetivo de su aparato, el cual emite un haz de luz sutil y prepotente a la vez, que apenas se pone sobre el monolito lo desmenuza en pocas instantes.

Los indígenas, presos de supersticioso terror, exclaman:

—¡No, nosotros quedarnos todos, no marchar, no marchar!

Cerrada la noche, Rukh se encierra en su tienda para cenar, en compañía de su fiel perro, cosa que hace en pocos momentos, apagando la luz luego con el objeto de practicar un experimento.

En este instante un negro, que ha entrado para retirar el servicio, apenas ve al doctor se pone a gritar con pánico terror y a duras penas logra ganar la salida, tambaleándose sobre el temblor de sus piernas.

Rukh queda unos segundos perplejo; al bajar la vista no puede abogar un grito.

—¿Qué es esto?

Acaba de advertir que sus manos despiden una luz fosforescente. Toma el espejo y comprueba que, asimismo, su rostro radia fluorescencias y parece transparente.

Enciende de nuevo la luz y ve que con ella la luminosidad de sus carnes desaparece.

Aterrado, se desploma pesadamente en una silla. Su fiel perro se le acerca buscando una caricia.

—¡Amigo mío!—murmura el doctor abrumado, al tiempo que pasa la mano por el lomo del animal.

Mas, apenas lo hace el mastín cae como fulminado por una descarga eléctrica silenciosa e invisible. Lo ha matado.

—¡Dios mío!—ruge Janos—. ¡No que mate cuando toco! ¿No podré acercarme a nadie? ¡A nadie!...

Bruscamente ha de interrumpirse, se oyen pasos al exterior. El doctor se precipita a la entrada de la tienda cerrándola con precipitación; y mirando afuera a través de la entresabertura que ha cuidado de dejar en los pliegues de la tela, ve en este instante espantoso de su vida, pasadilla horrible, que quien su accion es ¡nada menos! que su esposa Diana.

El doctor Rukh no puede tocarla sin matarla. Lo que pasa por el cerebro del genial doctor sería difícil de explicar.

Con el alma en suspenso espera un segundo trágico, inmóvil y silencioso, detrás de la cortina.

—¡Janos, Janos!—llama Diana, llegando al pie de la tienda que su acompañante le acaba de señalar como la de su marido.

—¡Diana, detente!—contesta Rukh con voz ronca—. ¡No entres!

—¡Janos!—exclama Diana, estupefacta, deteniéndose y llorando una mano al corazón—. ¿Qué quieres decir con esto?

—¡No debías haber venido, Diana! ¡En este momento no puedes entrar!

—¿Ni esta noche, después de tantos días sin vernos?

—No, ni esta noche—se niega secamente el doctor Rukh—. Estoy ocupado en un experimento peligroso que no puedo dejar. Manda que te arreglen una tienda al lado de la mía y pasa la noche en ella.

Diana, que sabe de la voluntad inquebrantable de su marido, no insiste y momentos después, sola, en la tienda que le han preparado, se entrega al consuelo de un llanto desgarrador.

Por su parte el doctor Rukh toma la linterna y sin decir nada a nadie sale de su tienda para dirigirse al campamento al encuentro del doctor Benet.

Al pasar por delante de la tienda de Diana la oye llorar. Se detiene un instante y baja la cabeza abrumada, murmurando con acerbó dolor.

—¡Dios mío, cuánto sufre por mí!

A los pocos momentos se sumerge en la exuberante selva sin temor a la terrible acobardanza de las fieras vorpulentas y los insectos, doblemente traicioneros por su aparente insignificancia.

Con la luz bamboleana de la linterna y la triple fluorescencia de sus brazos y su rostro, Rukh, parece un fantasma loco corriendo hacia una quimera.

Pero no es una quimera lo que persigue Janos sino el llegar al campamento de los expedicionarios, cosa que logra en un espacio muy breve de tiempo, penetrando precipitadamente en la tienda del doctor Benet.

—¡Usted, doctor Rukh!—exclama su colega avanzando hacia el recién llegado para estrecharle la mano.

—¡No!... ¡No! ¡Atrás, no me toque usted, no se acerque!—ruge el doctor Rukh debeniéndose... ¡Échese a un lado!

—¿Qué le pasa, doctor Rukh?—inquire el doctor Benet arrugando la frente y contemplando con estupor la extraña actitud de su compañero.

—¡Doctor Benet, estoy perdido! ¡Esta noche he encontrado el aerolito! ¡El poder es mío! Tengo un fragmento en el aparato. Es indudable que lo he encontrado, pues, con el poder de esta insignificante brasa puedo destruir las rocas a mi placer... pero, doctor Benet, no pueda tocar a nadie... ¡mis matos matan!

El doctor Benet se hace atrás instintivamente.

—¿Ha dicho usted...?

—Apague la luz, doctor Benet.

Este obedece contemplando con el consiguiente estupor la luminosidad mortal de las carnes de su colega.

—¿Qué ha hecho usted? ¿Está saturado de esta substancia. No ha tomado las necesarias precauciones.

—Mi situación es espantosa, doctor Benet. El perro ha muerto apenas lo he tocado. No puedo acercarme a mi esposa. Sólo usted, que es un gran químico, puede salvarme. ¡Por lo que más quiera, doctor Benet!

—El caso es difícil, pero, trataré de solucionarlo. Hay que estudiar la estructura anatómica de esta increíble substancia que ha tocado usted. Échese a esta cama, mientras yo analizo.

El doctor Rukh obedece, y su colega empieza el trabajo.

Trasladémosnos por un momento al lugar en que dejamos a Diana.

Amance, y la desgraciada esposa, que no ha logrado conciliar el sueño en toda la noche, se levanta tomando nuevamente el camino del campamento, después de haber llamado, inútilmente, a Janos al pie de su tienda.

Mucho antes de que Diana haya podido llegar al campamento ya el doctor Benet, terminado su análisis, ha compuesto el antidoto administrándolo a su colega.

Cuando entramos en la tienda vemos al paciente tendido en un camastro, profundamente dormido.

Ha transcurrido ya el tiempo que el doctor Benet considera necesario para que el antidoto haya podido producir su efecto y acercándose al enfermo apaga la luz.

La fluorescencia de sus carnes del doctor Rukh ha desaparecido.

—¡Doctor Rukh, doctor Rukh!—le llama con alegría.—¡Despierte ya! ¡Está curado!

Rukh se incorpora y el doctor Benet le toca para demostrar que ya es inofensivo.

—¡Oh, estoy curado! ¡Gracias, doctor Benet!

—Ahora, escucheme—dice el doctor Benet, gravemente.—He encontrado el antidoto, mas, sepa que no es una cura radical. Todos los días tendrá usted que repetir el tratamiento, de otra suerte vería reproducirse la mortal fluorescencia de sus carnes. Aquí tiene la fórmula.

Y añade entregándole un pliego.

—Guárdela usted como un tesoro.

—¡Esto es horrible!... ¡No pueda curarme radicalmente!

—Es imposible—afirma el doctor Benet.—¡Tan poderosa es esta substancia que usted la tocando!

Después de dar algunos pasos nerviosos por el campamento, el doctor Benet añadió:

—No puedo dejar de advertirle una cosa grave. Hay el peligro de que, a fuerza de tener que usar el antidoto éste le ataque el cerebro. Sea como fuere, es mi deber evitarle sufrimientos y aquí le entrego el medicamento.

Y esto diciendo el doctor Benet le tiende un estuche de cuero que contiene tres botellines y que Janos guarda cuidadosamente en su bolsillo con grave preocupación.

El doctor Rukh se ha recluido en su tienda dando orden intermitente de que nadie entre en ella y especialmente su esposa. El temor de torarla hallándose fuera del efecto del antídoto le dio esta dolorosa medida que ha de generar en el corazón atormentado de Diana una suprema desconfianza.

Desesperada, no pudiendo resistir más el drama de su alma, cierta mañana, de una manera sospechosamente inexplicable se introduce en la selva sola y sin armas.

Ronald, que, desde la visita de Rukh viene observando a Diana y vigilando estrechamente sus pasos, al advertir la acción de la joven toma un rifle y parte tras ella.

Diana avanza por la parte de jungla más agreste y peligrosa.

De pronto suena el rugido de un león y nuestra joven ve a pocos pasos las fauces abiertas de la fiera que se va a lanzar sobre ella.

Mas Ronald encadenó ya su arma y el felino se desploma sin vida después de haberse oído un certero disparo.

—¡Diana!—exclama el arrogante joven corriendo a levantarla—. ¿Cómo se atreve usted a ir sola por la selva?

—¡Déjeme, Ronald: quiero acabar con todo!

—¡Con todo!

—¡Con la pesadilla de Rukh y...

—¡Y con nuestro amor?—concluye Ronald, mirando apasionadamente a Diana—. No podemos ocultarlo ya más. Diana: nos amamos y era por temor a ver desbordarse este sentimiento en nuestra alma, por lo que nos rehuíamos recíprocamente.

—¡Ronald... esto es imposible! Soy una mujer casada. ¡Rukh está por medio!—exclama la atormentada esposa no pudiendo ya ocultar que ama profundamente al ingeniero.

—Diana, usted no puede vivir así. Usted con Rukh se suicida. ¿Cómo llegó a casarse con él?

—No fué obra mía. Mi padre se quería entrañablemente y previendo en él a un genio que nos casáramos. Lo hizo por ciega obediencia, sin amor.

—Diana, nuestro amor no es imposible—propone Ronald vehementemente—. Ni usted ama a Rukh ni él a usted: es esto

evidente. Rukh es un solitario que ha nacido para cultivar exclusivamente la llama de su genio. Piense usted en esto, Diana.

Han pasado algunos días.

El doctor Rukh no ha vuelto a ver a nuestra joven. Encerrado en su compartimento no piensa más que en trabajar, ajeno por completo a cuanto ocurre al exterior. Todas las mañanas toma el antídoto, con perfecta regularidad, y luego trabaja, solo, con una abstracción impropia de un ser humano en su invento culminante.

Cierta tarde el doctor Benet entra en su tienda.

—Vive usted demasiado absorbido por sus experimentos y descuida cosas fundamentales de su propia existencia—le dice, insinuando la gravedad de alguna novedad reciente.

—He logrado dominar los fragmentos incandescentes del aerolito y con ellos podría destruir el mundo—contesta el doctor Rukh, sin advertir el fondo de las sospechosas palabras de su colega.

—Doctor Rukh, temo por usted: el antídoto le está trastornando el cerebro y se olvida ya de que la ciencia es para el bien.

—¡La ciencia es para quien la quiere utilizar!

—Se ha desviado de la verdadera senda. Afortunadamente yo velaba y vengo a anunciarle que mientras usted pensaba en destruir yo trabajaba para lo contrario y he presentado ya un fragmento de esta poderosa piedra al Congreso Científico recientemente celebrado en Berna.

—¿Cómo? ¡Me ha robado usted el invento!

—No, doctor Rukh: he sencillamente cumplido el deber que usted despreció. Diana se encuentra enferma. ¿tampoco lo sabía usted? Pero ya no es necesario, porque está camino de Europa con los demás compañeros. Y yo parto hoy.

—¡Imposible!

—Lea usted esta carta que Diana me ha encargado le entregase.

Con mano trémula el doctor Rukh lee el pliego que su colega le tiende. Diana le dice llanamente que ama a otro hombre y que le deja para siempre en brazos de la ciencia.

—¡Bandidos!—ruge—. Ustedes me han robado y además destruido mi vida. ¿Cuánta razón tenía mi madre!

—No, es usted quien se la ha dejado escapar de las manos—sentencia el doctor Benet, abandonando la tienda.

El doctor Rukh, en cuya mirada se adivinan los síntomas de un progresivo trastorno mental, mira a su colega traspasar el umbral con rabia contenida mientras acaricia su máquina con el pensamiento puesto en la venganza.

El doctor Rukh ha vuelto, solo, a Europa buscando en el amor de su madre ciega el consuelo que en su doble drama sentimental la ciencia no le puede dar.

En cuanto a Diana, Ronald, sir Francis Stevens, lady Arabella y el doctor Benet, en grupo aparte como sabemos, se han establecido en París.

Dejémosles de momento a ellos y entremos en la casa, hoy más desolada que antes, en que viven el doctor Rukh y su madre.

En compensación al daño que durante tantos años les infligió, nuestro sabio quiere aplicar los primeros beneficios de su invento a los ojos de su madre.

Y le vemos en el laboratorio, al pie de su máquina cuyos rayos dirige a la ciega anciana que está sentada a pocos pasos.

—He pensado en ti antes que en nadie, madre. No te muevas.

El sutil haz de luz cubre el rostro venerable y doloroso de la anciana.

Son unos instantes de indescriptible ansiedad.

De pronto las pupilas de la paciente se animan, sus párpados se mueven.

—Madre, madre! ¿Ves? ¿Ya ves?

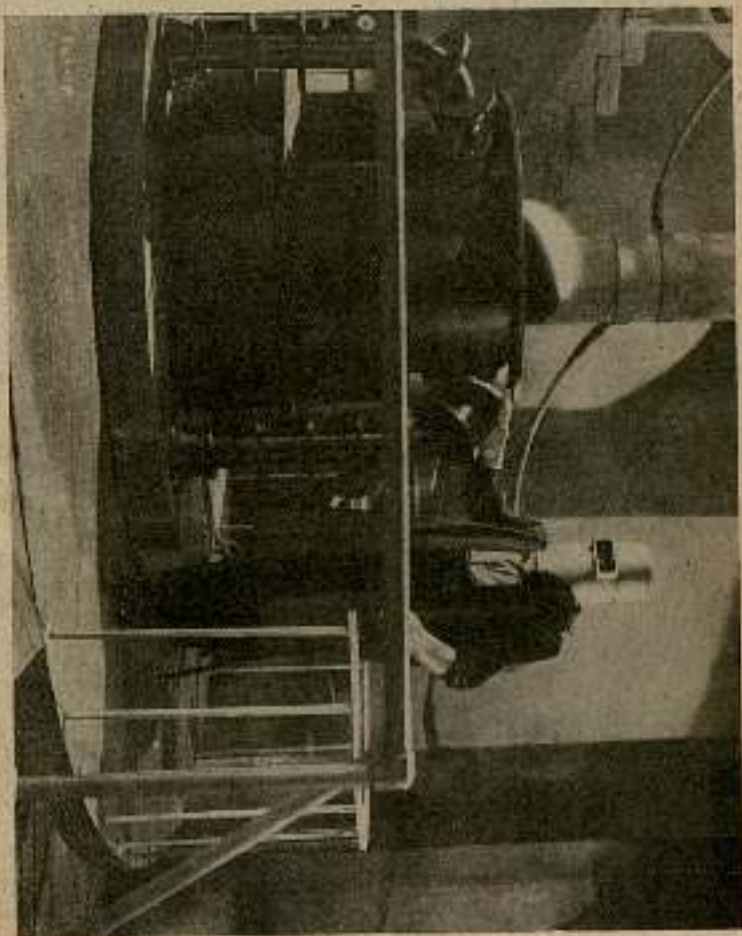
—Oh, sí, hijo mío, veo!... ¡Ahora veo más que nunca!—exclama con profunda gravedad, más que con alegría, la anciana, mirando a su hijo, que se ha lanzado a su regazo.

—¡Madre mía!

—¡Veo tanto, Janos, que me horrorizo!

—¡Madre, me has robado el invento! He de ir a París.

Nuestro doctor, sin quitarse esta escalofrante manta...





—No, James, hijo, no voyas! ¡No debes moverte de mi lado!

—Sí, madre, he de ir a París.

Acto seguido extrae unos rollos de su mesa y los entrega a la nieta.

—He aquí las fórmulas de mis descubrimientos. Si no vuelvo Usalas según tu entender.

Dos días después el doctor Rukh llega a París.

Como si los acontecimientos le esperasen encuentra a la populosa ciudad en plena sensación. La prensa anuncia en grandes titulares los prodigios de una nueva substancia bautizada con el nombre de "Radion", con la cual el doctor Benet hace milagros en el cuerpo de los más graves enfermos.

El doctor Rukh adivina en seguida que se trata de su descubrimiento y se dirige a casa del doctor Benet.

Antes de que llegue entremos nosotros en ella. El sabio doctor tiene ante la sala de operaciones a una linda muchacha ciega que se dispone a someter a la acción del prodigioso "Radion".

Los padres de la niña están presentes y apenas los rayos mágicos se posan sobre los ojos de su hija se estremecen.

La ansiedad dura poca, el rostro de la niña se ilumina. Su madre, llorando y riendo a la vez, se la acerca.

—¡Me ves, nena mía?

—Sí, mamá, te veo... veo... mamá!

En este instante y cuando el mismo Dr. Benet no puede contener las lágrimas, la puerta del despacho se abre apareciendo la alta y atormentada figura del doctor Rukh, a quien le es dado todavía ver la emocionante escena.

—¡Doctor Rukh! ¿Usted en París?—exclama el doctor Benet, no pudiendo reprimir un movimiento de desagradable sorpresa.

—Sí, yo en París.

—Ya ve, hacemos milagros con su descubrimiento.

—Me pareció advertirlo. Como siempre, he llegado tarde. Me han robado ustedes la fama y a mi mujer.

Mientras en el despacho del doctor Benet tiene lugar esta escena, en la lujosa mansión de lady Arabella se produce otra no menos interesante.

Diana vive aquí bajo la tutela de la esposa de sir Stevens, convertida en protectora entusiasta de los autores de los dos jóvenes.

—Janus debe haber llegado ya a Europa—instruye lady Arabella.

—Su recuerdo me horroriza—confiesa Diana—. No quiero volver a verle más. Amo a Roland.

—Es necesario liquidar pronto esta situación.

—Con el propósito de divorciarme he venido a París—declara con sincera decisión la joven—. Janus no se moverá del lado de su madre y esto inquieta mis nervios. Su presencia ya no me produciría más que horror.

Poco puede suponer la confiada Diana que en este momento su temido esposo se halla en casa del doctor Benet. Volvamos allá.

El doctor Rukh había despedido:

—¡Es inútil cuanto ustedes pretendan hacer con el "Radion"! Sólo yo conozco el verdadero alcance de mis descubrimientos. El mundo es juguete de mis invenciones y los que me han destrozado el hogar pueden temblar.

—Su cerebro está alterado, doctor Rukh.

—Sí, y ustedes se aprovechan de ello para robarme y empujarme. ¡Ah, pero mi poder es infinito!—amenaza el doctor Rukh al tiempo que abandona la casa.

Evidentemente a fuerza de usar el antídoto Rukh va perdiendo el equilibrio mental.

Y sale a la calle magnificando los planes más diabólicos.

Camina envuelto en las brumas de su vengativa pasión cuando acierta a pasar ante un tenderete ambulante en el que hay un hombre miserablemente vestido consumiendo una no menos miserable bagatela, que traga con demasiada hambre para tan poca comida.

Apenas el doctor Rukh distingue los rasgos fisiológicos de este sujeto su rostro se ilumina. Ha tenido una idea digna de su alterado cerebro.

La estatura de este hombre es aproximadamente como la suya, lo mismo que su corpulencia; y la que es más singular, se le parece sorprendentemente en las facciones.

—Coméalo poco por lo que seis—le insinúa, tortuoso el doctor.

—No hay dinero para más.

—¿No habéis hecho nunca un buen negocio?

—No entiendo de negocios.

—Pues yo vengo a proponeros uno que os hará rico.

—¿El?

—Como oís. ¿Os interesa?

Por toda contestación el interrumpido deja un resuelto gesto el puñero y se coloca al lado del doctor, quien con maligna sonrisa le introduce por callejones tenebrosos.

Al día siguiente mientras Diana está pasando a máquina una de las piezas literarias de lady Arabella, de la que es improvisada secretaria, entra una doméstica entregando a su señora la prensa de la mañana.

Apenas la afectada escritora pasea sus ojos por la primera plana del periódico exhala un grito de sorpresa y alegría.

—¡Diana, su marido ha muerto!

Y Diana lee con el corazón desbocado: "Ayer noche fué hallado al pie del río el cadáver desfigurado de un hombre corpulento, el cual después de identificado resultó ser el del célebre doctor Janus Rukh, alma de la famosa expedición al Africa que nos trajo el "Radion".

Pocos días después de publicada esta noticia se celebra la boda de Ronald y Diana.

Al salir de la Iglesia la feliz pareja no advierte que un hombre alto y encorvado, al verles, se esconde rápidamente detrás de unos árboles.

Este hombre es el doctor Rukh.

El cadáver que se halló junto al río no era más que el del miserable del tenderete al que Janus mató para poder consumar su venganza sin peligros ni interrupción.

Por primera vez en su vida el doctor Rukh siente el dolor de los celos.

Su mirada extraviada se posa casualmente en las nias hornacinas del románico templo en que su esposa acaba de contraer matrimonio con Ronald; cada una alberga una imagen.

Una idea diabólica cruza su trastornado cerebro.

—¡Non solis imagoes—murmura—. Una para cada una de

—Las alas parecen que han destrozado mi vida, y la última para mí. Empezaré por sir Francis Stevens.

Acto seguido alquila una habitación frente a la Iglesia, desde cuya ventana se dominan perfectamente los seis troglotes, e instala en ella su destructora máquina.

Trasladámonos a casa de sir Stevens.

El doctor Benet acaba de entrar y le vemos atendido por lady Arabella.

—¿Y su esposo, milady?

—Se encuentra mucho mejor del viaje. Está descansando en estos momentos.

Apenas acaba de pronunciar estas palabras cuando suenan unos gritos desgarradores en el salón.

El doctor Benet y lady Arabella se precipitan a él. Una de las damas baja la escalera de las pisos superiores lanzando gritos de horror.

—¡Señora... es espantoso... el señorito... en su habitación!

El doctor Benet se lanza a la escalera ganando en cuatro saltos el dormitorio de su amigo sir Francis. Le espera una dramática sorpresa: sir Francis Stevens aparece muerto en las más impresionantes y misteriosas condiciones.

En este mismo día la primera hornacina de la Iglesia aparece vacía; la imagen que la llenaba ha sido forzosamente fulminada.

El doctor Rukh la contempla fela desde su habitación, cuando entra su patrona con los periódicos, que el genio lee con avidez.

La policía está desorientada con el crimen, que es obra del doctor Rukh.

—¡Ha caído el primero, el segundo será lady Arabella!—murmura.

Al día siguiente lady Arabella aparece cadáver.

El doctor Benet, Ronald y Diana la contemplan en su lecho de muerte.

Al primero le nace una sospecha. Hace apagar las luces de la habitación y examina el cadáver. Ante la sorpresa de los presentes nuestro hombre de ciencia descubre las huellas luminosas de dos manos en el cuello de la víctima.

—Este es la acción insana del "Radion" manejado por

alguien que se cree muerto. El doctor Rukh vive—afirma con grave preocupación.

Diana, horrorizada, se oculta en brazos de Ronald.

—¡Amor mío! ¡Mi terror me hiela el alma!

—No temas, Diana: yo estoy aquí para protegerte y librarte del poder invisible.

Mientras tanto el doctor Benet visita al Comisario de policía, al que hace resaltar la significativa coincidencia de que a cada asesinato suceda la desaparición de una estatua de la Iglesia en que Ronald y Diana contrajeran matrimonio.

—El doctor Rukh está vivo—afirma.

Al salir de la Comisaría se dirige a casa de nuestro joven matrimonio al que encuentra con creciente nerviosidad.

—Yo creo—propone Ronald—que para ahuyentar a Rukh sería conveniente que fuéramos marcharnos de París haciendo que la prensa publicase la noticia.

—Tengo otra idea—contraopina el doctor Benet—. Conviene, no solamente a nosotros sino a la propia humanidad, el atraerle y curarle, pues loco y en libertad significa un peligro constante para todos. No estaría mal que anunciáramos públicamente la celebración de una conferencia que debería tratar sobre el "Radion" y para asistir a la cual se precisaría rigurosamente invitación. No tengo la menor duda de que Rukh trataría de asistir. En mitad de la conferencia apagaríamos las luces y le descubriríamos por las fluorescencias de su cara y manos.

La idea del doctor Benet es aprobada y a los pocos días, una noche, el salón de conferencias de la Academia aparece iluminado con las lámparas de las solemnidades más brillantes.

Y vemos a las lumbreras de la ciencia afilar al edificio.

El doctor Benet no se equivocó. El doctor Rukh, envejecido, con su chambergo abollado, apenas el salón se ilumina aparece en los alrededores de la Academia meditando la manera de poder entrar.

Se encuentra en estas tribulaciones cuando ve avanzar hacia la puerta a un respetable caballero a buen paso.

—¡Johannes! ¿No me reconoce? Soy James Rukh, de la Universidad de Yale—le detiene el doctor.

—¿Janos! ¿Qué es de tu vida?

—Buena, Johannes. ¿Vas a la conferencia?

—Sí.

—¿Tienes invitación?

Por toda contestación el anciano profesor le muestra la cartulina de invitado.

—Yo también voy. ¿Por qué no tomamos un trago de ron antes de entrar? Hace mucho frío. Invita el doctor Rukh con un brillo cruel en la mirada.

—No acostumbro... pero, no está mal.

El doctor Rukh conduce al congado profesor tras el ángulo de una casa.

A los pocos momentos, Rukh reaparece, con repugnante sonrisa y la invitación en la mano.

El desgraciado profesor yace muerto en el arroyo.

Momentos después Janos entra en el salón de conferencias de la Academia ostentando su invitación.

El doctor pregunta a los policías, que por orden suya montan discretamente guardia en la puerta, si están seguros de que nadie ha entrado en la sala sin la correspondiente invitación. Al contestarle afirmativamente, después de dar las oportunas órdenes para que en el momento preciso sean apagadas las luces se dirige al laboratorio.

Sospecha que Janos ha podido penetrar en el local y se halla allí.

El laboratorio está desierto. El doctor Benet registra todos los rincones.

Abre una puerta de escape.

—Doctor Rukh!—exhala, sin poder reprimir un movimiento de terror al ver en medio del marco de la puerta el rostro espantable de su colega.

—¿Qué ha venido usted a hacer aquí?—le pregunta con respiración emocionada, al tiempo que saca una pistola.

—He venido a acabar con todos!—exclama con rabia el doctor Rukh.

Y sin dar a su adversario tiempo de repotarse ni intentar una defensiva eficaz se le echa encima empuñándole la mano armada.

Instantáneamente el doctor Benet es fulminado para no levantarse más.

Mientras tanto la madre del doctor Rukh llega a casa de Diana, preguntando por Ronald, al que quiere hablar. Al decirle la sirvienta que se halla en la Academia allá dirige sus pasos la dolorosa mujer.

En ese momento en el salón de sesiones, cumpliendo las instrucciones del doctor Benet, son apagadas las luces.

Por su parte el doctor Rukh se dirige a casa de Diana, a la que sorprende recluida por el miedo en sus habitaciones.

Es un instante de horrible espanto. Las carnes de Janos están iluminadas por la fantasmagórica transparencia y avanza hacia la joven para estrangularla.

—¡Oh!... ¡Janos!... ¡No... horror!...

El loco se detiene.

—¡No, a ti no te mataré... no puedo contigo... no podré...!

¡Con el otro sí! ¡Dentro de poco morirá!...

Y esto diciendo abandona la casa y se traslada de nuevo a la Academia para matar a Ronald.

Cuando llega allí, este, inquieto por la tardanza del doctor Benet se dirige al laboratorio acompañado por unos cuantos académicos, hallándose con el cadáver del doctor al pie de la puerta en que le dejara Janos.

—¡No toquen este cadáver!—prohíbe... ¡Pronto, siganme!

Ronald y sus acompañantes embocan la angosta abertura por la que desapareciera el doctor Rukh. Por allí llegan al vestíbulo, en el momento en que aquél llega también.

Uno de los académicos saca su pistola para descarrajarle un tiro, pero Ronald se le prohíbe al ver aparecer por otra puerta una figura femenina grave y enlutada, que avanza hacia Janos.

—¡Madre!—exclama éste.

—¡Delante, hijo!—manda la dolorosa mujer—. ¿Qué has hecho, Janos de tu sabiduría?

El doctor Rukh siente irresistibles deseos de abrazar a su madre, pero, como de hacerlo la mataría pues sus carnes en este momento son fosforescentes, antes saca el estuche del antídoto para tomarlo.

Su madre, levantando el bastón de anciana venerable, le rompe las botellas de un golpe, sentenciando:

—Hijo mío: la ciencia es para el bien!

No hay salvación para el doctor Rukh.

No pudiendo resistir el horror de verse convertido en una furia mortal para su madre se pega fuego a las ropas y se echa por la ventana.

Segundos después su cuerpo, envuelto en llamas, se aplasta contra el asfalto de la calle.

Ronald y Diana, al fin libres de la horrible pesadilla del poder invisible, se confunden en un fuerte abrazo que une sus labios en un beso apasionado de felicidad.

El más anciano de los doctores se acerca a la madre del doctor Rukh.

—¡Gracias, señora!—le dice—. Su acto es sencillamente sublime. Rukh tenía que morir.

Y la mártir, replica, dolorosa:

—Sin embargo, Rukh no ha muerto. Su espíritu, que es el de la ciencia, vive eternamente.

FIN

Editadas

- * Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
- * — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
- * — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
- * — 4. *La vida de la Roheme*, por Martha Eggerl y Jan Kiepura.
- * — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
- * — 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullivan.
- 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.
- 8. *La tumba india*, por La Jana.
- 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.
- 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.
- 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Martel.
- 12. *La marca de Cain*, por Noah Beery (hijo) y Jean Rogers.
- 13. *Una chica de provincias*, por Janet Gaynor y Robert Taylor.
- 14. *Siete hofetadas*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
- 15. *El Capitán Costali*, por Olga Tschechowa y Karl Diehl.
- 16. *Morir con honor*, por Buck Jones, Edward Keene y Fred Kohler.
- 17. *Baile en el Metropol*, por Heinrich George y Viktoria von Ballasko.

* Agotadas

En preparación

El Rapto, por Gustav Fröhlich y Walt Janssen.

Exterminio, por Buck Jones.

Rosas Negras, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.

PUBLICACIONES CINEMA

Domicilio provisional:

PASO SAN JUAN, 91

BARCELONA

N.º 18